

¿Hay algo por fuera de la ficción?

Todas las huellas. Tres novelas breves

SANTIAGO ANDRÉS GÓMEZ

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2013, 238 págs.

NARRAR FRAGMENTOS de una vida puede ser una acción entreverada por elementos tanto autobiográficos como ficcionales. Lo anterior supone un juego y una tensión no resuelta entre ambos relatos y potenciada cuando la identidad nominal del autor se comparte con la del narrador-protagonista. En consecuencia, los lectores se encuentran inmersos, tal y como lo afirma Manuel Alberca en su texto *Pacto ambiguo* (2007), en una doble, ambigua y oscilante propuesta de lectura, producto de los pactos que rodean a la autoficción: el pacto autobiográfico y el pacto de ficción.

Es precisamente en ese espacio que surge *Todas las huellas. Tres novelas breves*. Por tanto, podríamos afirmar que este es un libro de corte autoficcional. El juego entre lo acontecido y la probabilidad del acontecer comienza en el epígrafe, donde se presentan los relatos como “probabilidades del ser y de la vida” (p. 9). Pero también, una voz se enuncia desde el yo y no puede asegurar que lo allí narrado no ha ocurrido (p. 9). Así, en cada huella o novela, el lector asiste a un fragmento de la vida de Santiago, narrador-protagonista, que se (re)crea en pos de su necesidad de relacionarse con el mundo real mediante la ficción.

La primera novela es “Nido de gulgungos”. En ella, Santiago busca hacerse un lugar en el mundo para enfrentar la vida que le espera después de terminar el colegio. El panorama que le rodea es poco alentador; al final de los años ochenta, Medellín es una ciudad impregnada de violencia y, además, Santiago enfrenta una posible expulsión del colegio, justo antes de graduarse, a causa de “cuestionar los dogmas raramente discutidos” (p. 17) en las clases, mediante la confrontación con algunos de sus maestros. La novela se cimienta poco a poco en la búsqueda del narrador, ante esta doble problemática, de una forma de

relacionarse con el mundo, distinta de la confrontación. El cine, entonces, se abre como una ventana para “conocer lo más profundo y lo más bello del ser humano” (p. 54); a partir de las imágenes en movimiento, a partir de la ficción, Santiago tiene la posibilidad de reconocerse y reconocer el mundo.

En la segunda novela, “No más justicia”, Santiago es un cantautor que pregona el abandono de las preocupaciones por la cotidianidad (comer, soñar y dormir), para contemplar el tránsito del ser. Y para agudizar la contemplación, emplea la composición, el silencio, el vacío de la soledad y el consumo de drogas. Solo una cosa saca a Santiago de esta quietud: la esperanza de cantar en un concierto para darle “un nuevo rumbo” a su grupo. Por ello, se centra no solo en narrar sus estados alterados de conciencia, sino que además intenta sortear los obstáculos que se le presentan a causa de ser un drogadicto, manera que encuentra para contravenir las expectativas de la sociedad y de su familia. Así, “No más justicia” es un continuo flujo de conciencia delirante del narrador, para quien el mundo de afuera debe combatirse por medio de la alucinación que, de alguna manera, también es una forma de ficción.

“Fuera del amor” es la tercera novela. Santiago es un crítico de cine, especula sobre el amor y juzga a otros críticos por hacer del arte “algo odioso para el hombre común” (p. 181). De ellos dice que consideran su oficio como un quehacer de mentes privilegiadas y con ello alejan el arte de la vida. Además, como crítico de la crítica, Santiago ve en esta última un proceso reduccionista, en tanto en una imagen se pretende suplantar al mundo y, de alguna manera, simplificarlo. Una de estas imágenes “simplistas” es el amor, que podría ser un engaño, una trampa o una ficción; paradójicamente, eso no quiere decir que no sea real. De esta manera, Santiago busca encontrarse a sí mismo por fuera del amor, por lo que forja una búsqueda para relacionarse con el mundo no desde esta ficción, sino por fuera de ella. La pregunta que el lector puede hacerse para leer esta novela es: ¿hay algo por fuera del amor? Y para leer las tres novelas en conjunto, ¿hay algo por fuera de la ficción?

Este juego entre lo real y lo ficcional al interior de las *Todas las huellas* se traslada y se potencia por fuera de las mismas novelas, gracias a las relaciones entre los datos biográficos del autor y los de su narrador. Santiago Andrés Gómez Sánchez (Medellín, 1973) es un escritor, crítico de cine y realizador audiovisual independiente; fue redactor y colaborador de la revista *Kinetoscopio* entre 1991 y 2011 y ha escrito novelas como *Madera salvaje* (2009), conjunto de ensayos reunidos en el texto *El cine en busca de sentido* (2010); el libro de cuentos *Los deberes* (2012), entre otros. Estas facetas como creador, crítico y realizador también intervienen y van alimentando la identidad del narrador homónimo mediante el recorrido de sus pasos. A su vez, el autor juega con otros elementos de su vida real en el espacio ficcional: su amistad con Luis Alberto Álvarez, su cercanía con Víctor Gaviria en “Nido de gulgungos”, su participación en el grupo musical *Los Dados* en “No más justicia” y, en “Fuera del amor”, su relación con Pedro Adrián Zuluaga, también crítico de cine y antiguo editor de *Kinetoscopio*.

Así, la apuesta por *Todas las huellas* radica, inicialmente, en dos aspectos: uno, la combinación de dos discursos. El juego entre el discurso autobiográfico y el ficcional empodera al lector para valorar la verosimilitud o credibilidad de lo narrado. El otro aspecto es la variedad de recorridos posibles de hacer. Cada novela puede asumirse como un fragmento de la vida de Santiago, aislado de los que aparecen en las otras dos y, de esa manera, leerse con independencia. Asimismo, al lector le es dado encontrar en esta aparente fragmentación, un diálogo de formas distintas de ficcionalización, que puede establecerse desde otras múltiples miradas, ya que más allá de la construcción de una identidad definitiva, referencial y completa de Santiago, nos encontramos frente a distintas posibilidades “tanto del ser como de la vida” (p. 9) de esta voz ambivalente, única y múltiple.

Igualmente, en estas tres novelas breves, encontramos una escritura que sitúa los espectros de los terrenos ficcionales más allá de la creación textual, pues hay cabida para reflexionar sobre el amor o la alucinación como

ficcionalizaciones mismas de la realidad. Y eso brinda otro punto de vista sobre *lo real*. Lo anterior demarca un conjunto de buenos relatos, cuyo atrayente ritmo le permite al lector fluir con el texto en el momento de reconocer muchas de las situaciones allí (re)creadas: reflexiones sobre las relaciones amorosas, el consumo de drogas, la violencia, formas de protestar frente lo establecido –la escuela, los valores sociales y familiares, la crítica–, etcétera.

Pero el ritmo también fluctúa en las profundas elucubraciones teóricas e introspecciones del narrador-protagonista, no siempre fáciles de seguir. Eso hace recomendable desacelerar el ritmo y tomarse un tiempo para acercarse a ellas, pues allí podrían abrirse nuevas perspectivas para enfrentarse al mundo y para ofrecer, al mismo tiempo, otro.

Finalmente, otro aspecto a considerar en *Todas las huellas*: el aporte de su autor a la narrativa colombiana en el terreno de la literatura autoficcional. Coincidimos con Manuel Alberca, en su artículo “¿Existe la autoficción hispanoamericana?” (2005), cuando advierte que este fenómeno no es nuevo y tiene prestigiosos antecedentes en el siglo XX. En Colombia, está *De sobremesa*, de José Asunción Silva, y la obra narrativa de Fernando Vallejo. Además, en la literatura colombiana ya hay aproximaciones críticas recientes a autores como Héctor Abad Faciolince y Darío Jaramillo Agudelo. No obstante, más allá de hacer una catalogación, justo cuando hay una ambivalencia y una hibridación de los géneros literarios, una pregunta puede motivar, siguiendo a Alberca, el acercamiento a la lectura de este tipo de textos: ¿es la autoficción el reconocimiento de que cuando narramos nuestra propia vida es imposible no hacer ficción y no mezclar lo recordado con lo inventado, lo soñado con lo deseado y esto último con lo real? La respuesta estaría no solo en la lectura misma de *Todas las huellas*, sino también en su lector, si, al levantar la mirada del libro, pensara cómo sería la narración de su propia vida.

Nelsy Cristina López Plazas